

Juan Antonio Navarrete, el lexicógrafo erudito

El 22 de junio de 1804, una misiva firmada por fray Marcos Romero llega a manos de fray Francisco Javier Cubillán, diciendo lo siguiente: “Señor y Amadísimo Padre: hace muchos días que nuestro Padre Navarrete me suplica se conceda la celda que está contigua a la suya para abrirle puerta por dentro y agregarla a su habitación, a causa de que la que por ahora goza es muy reducida y no le caben los libros, cama y demás muebles necesarios para su uso, sin estar unos encima de otros”. La carta continúa, mostrando la obstinación de quien ha sido perseguido una y otra vez por un bibliotecario bibliófilo –condiciones que no siempre van juntas–, a quien ya no le alcanza el espacio físico para guardar sus preciados libros.

Éste es fray Juan Antonio Navarrete, bibliotecario del convento franciscano de Caracas y hombre de letras, nacido en Guama, actual estado Yaracuy, en 1749, y creador de una vasta obra de la que sólo se conservan tres títulos: la *Novena de Santa Efigenia*, que nos ha llegado en una edición caraqueña de 1851, y dos manuscritos, el *Cursus Philosophicus* y el *Arca de letras y Teatro universal*, obra monumental cuya compleja estructura nos recuerda a las *Etimologías* de san Isidoro de Sevilla, y que resulta una especie de enciclopedia que reúne buena parte del saber de su tiempo. A través de esta obra, podemos apreciar el enorme caudal de lecturas que

este humilde franciscano venezolano hizo a lo largo de su vida, evidentes en cada comentario que aparece acompañado de numerosas citas que remiten a otros libros, todas anotadas con una precisión bibliográfica sorprendente. De esta manera, podemos seguirle la pista a Navarrete a través de sus lecturas, y conocer no sólo sus gustos y opiniones, sino además, establecerlo como un fiel espejo de la cultura caraqueña de finales del siglo XVIII y principios del XIX.

La lexicografía como erudición

La temática de su obra, como en toda obra enciclopédica, se ramificará en multitud de disciplinas que va trabajando con espíritu de orfebre, desarrollando un texto que vendrá a ser como un crisol de saberes, muestra irrefutable de la avasallante erudición de un franciscano que transformó la pequeñez de su celda conventual en un infinito mundo de conocimientos, construido desde la paciente y constante lectura de cuanto a sus manos llegaba. Así, irá Navarrete desplegando a lo largo de la obra cuanto cree que debe saberse y conocerse, siempre dando fieles referencias de grandes autores y obras, desde las antiguas hasta las contemporáneas al propio franciscano, fuentes todas

Aerostática. Llamen la arte de hacer máquinas que vuelen por el aire y llaman por esto así la máquina-bomba, que en este siglo XVIII ha descubierto el humano ingenio, de género o papel, haciéndola volar por los aires, de las que en este año de 1785 ha habido infinitas aquí en nuestra ciudad de Caracas, de día y de noche; y en este nuestro convento se echaron a volar dos: una grande y otra pequeña el día 11 del mes de mayo de 1785 corriente; que fueron notables por ser de las primeras.» (Fol. 338 Vto.)

Antonio Corredor Aveledo

Músico y director de orquesta, ha dedicado los últimos años al estudio formal de la literatura y la lingüística en la licenciatura en letras de la Universidad Católica Andrés Bello, en Caracas. Escribe en los actuales momentos su memoria de tesis en donde estudia la erudición propiciada por los diccionarios, con énfasis en textos venezolanos del siglo XVIII.

Juan Antonio Navarrete
Edición crítica de Blas Bruni Celli
Arca de letras y Teatro universal
Caracas: Academia de la Historia, 1993

“En Navarrete, asistimos a la feliz conjunción de vida y obra, una vida dedicada al estudio y al conocimiento, y una obra que refleja esa condición de hombre estudioso que cree en la palabra”

que vendrán a constituir el corpus que servirá de base a Navarrete para desarrollar no sólo sus ideas acerca del conocimiento en general, sino también una metodología propia, que lo llevará a acercarse al mundo de la lexicografía, en una especie de fascinación por el vasto universo del diccionario y de la enciclopedia, es decir, una obsesionada pasión por la definición, que tomará como punto de partida para acercarse al conocimiento de los objetos.

La obra de Navarrete se nos muestra como la conjugación magistral de la erudición y la lexicografía, entendiendo esa unión como una desbordante salida que encuentra el enorme caudal de la erudición del autor, expresada dentro de los moldes de una intuitiva técnica lexicográfica, evidente no sólo a simple vista en la estructura de la obra, sino explícita en párrafos que vendrán a ser planteamientos metalexigráficos en los que el autor nos da las pistas para interpretar los numerosos folios plenos de una erudición lograda después de un profundo trabajo de investigación y meditación.

A la luz de las modernas lecturas metalexigráficas, no resulta difícil encontrar en el *Arca* características que nos ayuden a dibujar los rasgos constantes que establecen el criterio de trabajo de una prolija obra que atesora todo el conocimiento al que este caraqueño del siglo XVIII tenía acceso. Consciente de las bondades de la lexicografía, y conocedor él mismo de la gran tradición lexicográfica de Occidente, hará uso del diccionario como forma ideal para estructurar el conocimiento humano y acceder a él de la manera más idónea.

El *Arca de letras y Teatro universal*, sin embargo, no es un diccionario de lengua, sino una obra de carácter enciclopédico a través de la cual el lector puede llegar de manera fácil, en orden alfabético, a aquello que desea saber. Las definiciones, por tanto, no corresponderán a la palabra encontrada, sino más bien al objeto que ésta designa, salvo algunas excepciones, pues la riqueza del *Arca* muestra múltiples soluciones al problema de la

definición lexicográfica, con una enorme diversidad en su uso, si bien no siempre de forma regular.

La lexicografía como tradición

Quizás la más hermosa de las lecciones que nos deja Navarrete con su obra, es la que nos presenta la figura del lector de diccionarios. Emparentada inseparablemente con la idea del erudito, esta figura exhibirá la curiosidad de un humilde franciscano que desde su celda intenta aprehender el conocimiento universal desde la palabra, entendiendo que su definición, en este caso enciclopédica, será una puerta de entrada al maravilloso mundo de lo real.

Para nuestro franciscano, el único nexo posible entre ese mundo de las meras definiciones y el de la realidad, tendrá su asiento natural en el corpus utilizado por el lexicógrafo, pues aunque dice en las primeras páginas del *Arca*, que no faltará en ella “algo de propio Marte del Autor”, hace también explícita su intención de que la obra que propone sea un crisol en el que muchas otras vengán a encontrar su reposo regido

por el orden, ese orden portentoso que hace de la lexicografía una tarea de erudición. De esa manera, al seguirle la pista con atención a las citas que hace Navarrete, podemos advertir sin dificultad una vista panorámica de muchos de los hitos de la cultura escrita universal, que vienen a ser alimento indispensable del que se nutrirá nuestro autor.

Moreri, Nebrija, Terreros, el *Diccionario de Autoridades*, y el “Calepino”, son sólo algunos de los nombres que aparecen una y otra vez reflejados en las páginas del *Arca*, como formidable sustento del conocimiento que Navarrete despliega sobre ellas, y como una evidencia del lugar que ocupa en la tradición lexicográfica. A pesar de que eventualmente formula duras críticas a las obras que cita, no pretende aportar más que un método desde el que,

Epimoclio: Voz que usa el *Oráculo de la Europa*, fol. 140, Consulta 10. Es el equilibrio. Voz que no encuentro en diccionario alguno de los que tengo praemambus, aunque son más de 20. Pero el contexto lo dice, o por él se saca, aunque no lo expresa. Ya no bastan diccionarios para las voces de los autores. También significa estado o sistema de la cosa. Vé supra, col. 1, fol. 351.» (Fol. 352 Vto.)

como un prisma luminoso, emerja todo el conocimiento previo, de manera que podríamos hermanar al lexicógrafo venezolano con san Isidoro de Sevilla, cuando de él decía Menéndez Pelayo que lo que más valía en su obra era el método.

El lexicógrafo erudito

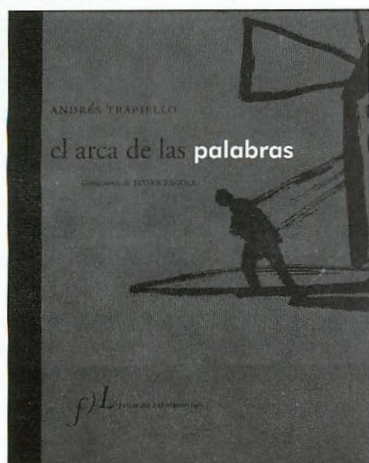
Consciente de su labor lexicográfica, Navarrete entenderá la importancia del orden como elemento que brinda estructura al conocimiento, y, como decía Roland Barthes, “el diccionario nos llama al orden”. Así, vemos cómo un franciscano venezolano del siglo XVIII entiende que el universo de los diccionarios y las enciclopedias, como elementos ordenadores, son útiles para codificar el conocimiento y funcionar como herramientas útiles dentro de los procesos de aprendizaje. Más aún, Navarrete hará de la obra lexicográfica una obra de arte, un objeto artesanal, cuya confección lo acompaña durante

toda su vida, hasta su muerte en 1814, como fiel compañera que jamás abandona a quien le sirve. En Navarrete, asistimos a la feliz conjunción de vida y obra, una vida dedicada al estudio y al conocimiento, y una obra que refleja esa condición de hombre estudioso que cree en la palabra. Dice nuevamente Barthes que “el lenguaje no es solamente el privilegio del hombre, es también su prisión. Eso es lo que nos recuerda el diccionario”. Sin embargo, podríamos decir que en Navarrete

Guasábara, término que usa Oviedo, lib. 6, cap. 2, y nosotros decimos ‘guasabana’, es la refriega y acometimiento a todo golpe, 298, su fol. y lib. 7, cap. 2, fol. 352. La enmarañada de tunales y cardones, y lib. 7, cap. 7, dice: renovando el militar rumor de laguasábara, fol. 368.» (Fol. 83)

no se cumple esta sentencia, pues la obra lexicográfica, por el contrario de encerrar al hombre, lo llevó a expandir sus horizontes tan lejos como podía llegar su entendimiento. Convirtió las estrechas paredes de su celda, aquella en la que no cabían ya sus libros sino unos sobre otros, en un universo infinito cuyos únicos límites eran los impuestos por su fe. No podía conocer la realidad de Dios, pero, como dijo Terencio: “soy humano, y nada de lo humano me es ajeno”. ◀▶

Diccionarios fronterizos 3



Andrés Trapiello

El arca de las palabras

Ils. de Javier Pagola

Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2006

El *Salón de los pasos perdidos*, título genérico que comprende los quince tomos hasta la fecha publicados de los diarios de Andrés Trapiello (Pre-textos), participa de la misma referencia a un lugar abarcante, habitado y misterioso que observamos en *El arca de las palabras*, e incluso en *Imprenta moderna* (Campgráfico). Se puede decir de Trapiello que es un morador del lenguaje y con ello se dice muy poco si no se especifica el sentido que en este autor tienen los espacios, las formas, la composición armónica y el gusto por el detalle en su personal apropiación y disposición de la escritura. A Trapiello hay que escucharlo impreso, dispuesto sobre la página, seguido de un título, resaltado en una contraportada o en relación con una imagen con la que dialoga.

El trabajo lexicográfico emprendido por Trapiello avanza, con sus botas viejas, en un ejercicio literario que se nutre de la diaria visita al diccionario ilustrado de su infancia. Si bien es cierto que el índice restablece al final de *El arca de las palabras* el arreglo alfabético y en el prólogo se alude al milagro dickinsoniano que puede producirse en el interior ese ejercicio, el resultado se aparta conscientemente de la forma diccionario. Al poético gusto por el prodigio que lleva a Trapiello acercarse a las palabras con metódica constancia, lo traiciona su afán coleccionista, que actúa como eco inconsciente. Sin embargo, el resultado nunca mengua y el imaginario aportado por Javier Pagola actúa como un ciclón que nos arrastra con el mismo cuidado que condujo a Dorothy del gris paisaje de Kansas al encuentro con la Bruja del Norte.

Así pues, su *Arca* guarda un precioso tejido de aforismos que con cadencia nos cobija y sorprende. Lo abre el azar que “(...) ha querido que la primera palabra fuese **criatura**. Y todas las palabras lo son: vivas, indefensas, a merced de lo que el destino quiera hacer con ellas, con un fondo insobornable de inocencia, por más que la vida las arrastre luego por los tristes albañes, concebidas en una intimidad y alumbradas a otra” (pág. 11); “Y lo crean o no los lectores, la última palabra con la que me he tropezado para traerla aquí es una de las más amadas de Cervantes, buena para cerrar, con buen viento, este palabrarío: **zarpar**” (pág. 321). G.P.L.